

gravasteis en ellos la ley de la caridad, de la concordia, y del mutuo amor. Para ser envidiosos es necesario dexar de ser Christianos, es necesario cerrar los ojos à los exemplos de un Salvador, que ofrece su Sangre, y su gloria à todos los hombres: es necesario renunciar para siempre à su Reyno, el que tiene abierto para todos sus hijos. ¿Es posible que hayamos de envidiar los bienes, y la fortuna de la tierra à aquellos en cuya compañía hemos de poseer el Cielo? Dirijamos nuestros deseos à la Celestial Patria; nada hay en la tierra que merezca ser envidiado: vivamos libres de este veneno, y pasaremos con felicidad desde el descanso de la vida presente à la eterna. Amen.



SERMON PRIMERO  
PARA EL CUARTO DOMINGO  
DE ADVIENTO,  
SOBRE LA PENITENCIA.

*Venit in omnem regionem Jordanis prædicans  
baptismum penitentiae in remissionem pec-  
catorum.*

Juan Bautista recorrió todo el País de las cercanías del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados. *Luc. cap. 3.*



! **Q**UE maravilla es esta, Catholicos! ¿En qué lugar establece el Bautista la Cathedra de su doctrina quando Dios le envia para que predique penitencia? En el desierto, entre las arenas, y peñascos, lexos del trato, y comercio de los hombres: desde allí aquella austera voz resuena por todas partes, hasta en las Ciudades, y Cortes: Soldados, publicanos, pecadores de todas clases, todos corren en tropel à su bautismo; unos se compunguen, otros se enmiendan, el Cielo se alegra, y la Synagoga se enfurece.

Nosotros, ocupados en el mismo ministerio por orden de Dios, predicamos la misma doctrina, y las mismas verdades con la gracia del Evangelio superior à la de la ley: ¿Pero en dónde, y à quiénes predicamos? No predicamos en desiertos, ni en Lugares remotos; predicamos entre las gentes, y à vista de un numeroso Pueblo congregado para oírnos, cuya mayor parte está cargada de delitos, y despedazada interiormente con los secretos remordimientos de su conciencia: Todos nos oyen, todos nos alaban, todos nos aplauden: algunos se humillan en la presencia de Dios; se postran à los pies de los Sacerdotes, y los manifiestan sus pecados: ¿Pero son por eso mas fieles en el cumplimiento de sus obligaciones, mas arreglados en sus costumbres, mas justos, ni mas caritativos? ¿Después de los Advientos, de las Quaresmas, de las Pasquas, y de los Jubileos, muda el Mundo de semblante, ni parece mas Christiano? En una palabra, ¿se hace penitencia? No, Señores, lo mas que se hace son algunas obras aparentes, pero esta exterioridad no es la verdadera penitencia.

¿En qué consiste, pues, la verdad de la penitencia? Esto es lo que importa enseñar à aquellos principalmente que viven olvidados de esta virtud. No hay pecador, por obstinado que sea, que no se lisonjee de que acabará su vida con un sincero arrepentimiento. ¿Y cuál es el sincero arrepentimiento? Solamente aquel que existe en el corazon, y que se apodera de todo el corazon.

Por estas dos proposiciones bien explicadas se conoce la verdadera, y la falsa penitencia, las obligaciones de la una, y las ilusiones de la otra: Examinad atentamente, Catholicos, estos dos retratos que voy à presentar à vuestra vista: en el primero, os propondré la penitencia del corazon: en el segundo, la penitencia de todo el corazon: Registremos con particular atención

ción una virtud que nos es tan necesaria; como cada instante estamos cayendo en pecado; cada instante tenemos necesidad de hacer penitencia: ¿Pues por qué hemos de ignorar lo que debemos practicar tan frecuentemente? Pidamos al Espiritu Santo que nos instruya por los meritos de Jesu-Christo, y la intercesion de su Santa Madre. Ave Maria.

## PRIMERA PARTE.

**L**A penitencia, considerada solamente como virtud, y en quanto dispone para el Sacramento, es, segun doctrina de Santo Tomás, (a) una detestacion voluntaria del pecado, juntamente con una sincera determinacion de repararle, y destruirle, por ser ofensa de Dios. Es una detestacion del pecado; esto es, un aborrecimiento doloroso, y acompañado de pesar, y no una pura interrupcion, ni un simple disgusto del pecado. Es una detestacion voluntaria, y deliberada, y no una simple confusion, ò un simple movimiento del apetito sensitivo. Es una detestacion del pecado en quanto es ofensa de Dios, y no puramente por la indecencia, ò deformidad del pecado. Es una detestacion del pecado, junta con la resolucion de repararle por medio de obras satisfactorias, y de destruirle con remedios, y precauciones saludables, y no un vano disgusto compatible con la recaída en el pecado.

Siendo, pues, cierto, que un odio de esta especie no puede existir sino en el corazon; y en la voluntad del penitente, es tambien cierto, que es absolutamente necesario, y que qualquiera otra penitencia que no sea esta es inutil. La ley, Catholicos, es la siguiente: Convertiros, os dice el Señor por el Profeta Ezequiel, (b) haced penitencia, apartad de vosotros todas esas

(a) 3. part. q. 85. art. 1. (b) Ezech. 18. 31.

„prevaricaciones, y para esto mudad de corazon, ha-  
 „ceos un corazon nuevo: *Facite vobis cor novum*. Con-  
 „vertiros, os dice por el Profeta Joél, (a) ayunad,  
 „llorad, gemid, despedazad vuestros corazones, y no  
 „vuestros vestidos: *Scindite corda vestra, & non*  
*vestimenta vestra*. Este movimiento del corazon, este  
 solo dolor del corazon es el alma de la penitencia. *us?*

La razon esencial de esta ley es, que solamente este genero de penitencia puede destruir el pecado; porque, ¿qué cosa es el pecado? Es una preferencia voluntaria de la criatura al Criador; una elección libre del pecador, que antepone el amor del bien perezado al amor de su ultimo fin; y por consiguiente, el pecado nace, y subsiste en la voluntad, y en el corazon por medio de un amor desarreglado formado en el corazon perverso; y asi es preciso, que el pecado muera en el mismo corazon por medio de un odio opuesto. El corazon, dice San Juan Chrysostomo, es la principal fuente del vicio, y de la virtud: (b) *Fons virtutis, & vitii*. Es el primero que experimenta la dulzura del pecado quando dirige à él su eleccion; y asi debe ser el primero que experimente su dolor quando se desprende de él. Es el primer reo, dice Tertuliano; (c) y asi debe ser el primero que padezca el castigo: *Tanto potior ad pœnam, quanto principalior ad culpam*. El hombre no es delincente sino por medio de su corazon, y despues que éste lo ha sido: Ni los homicidios, ni las impuras ideas que ocupan su imaginacion le privan de su inocencia, à no ser que el corazon consienta en estos desordenes: por el contrario, solamente con que el corazon consienta en algun pecado, sin que las manos, el entendimiento, los sentidos, ni las demás facultades del hombre tengan en éla menor parte, todo el hombre

(a) Joël 2. 12. (b) In Psalm. 140. (c) De Pœnit.

es delincente; puede ser casto en el exterior, y adultero interiormente por solo el movimiento del corazon: *Mœchatus est in corde suo*. (a) Todos nuestros sentidos, y todas nuestras potencias son instrumentos ciegos, y esclavos sin libertad, que obran dependiendo siempre de la direccion del corazon; este es el soberano gefe, y muchas veces el tyrano, que gobernando los sentidos segun el gusto de las pasiones, hace que sirvan los ojos à la impureza, la lengua à la murmuracion, y las manos à la crueldad; consiguientemente, en el corazon se forman todos los pecados. De él, decia el Hijo de Dios, nacen los malos pensamientos, los homicidios, y los hurtos: *De corde exeunt cogitationes malæ, homicidia, adulteria, furta*. (b) Salen por los sentidos, pero su asiento está en el corazon.

Esto supuesto, Catholicos, ¿no es natural que Dios castigue el pecado en este mismo corazon? ¿No deberá empezár por el corazon la penitencia, estendiendose desde allí al exterior de nuestros sentidos, y de nuestras acciones? Confesais vuestros pecados, y vuestra boca descubre las culpas de vuestro corazon; ayunais, y dais limosna; vuestra carne, y vuestros bienes pagan los pecados de vuestro corazon: Pero si este mismo corazon, centro del pecado, principio, y fuente del pecado, no se castiga à sí mismo; si con la espada del dolor, y el fuego del aborrecimiento no sacrifica à Dios todo el amor, y todo el deleyte del pecado, Dios no atenderá à las demás satisfacciones, y sacrificios: *Scindite corda vestra, & non vestimenta vestra*.

Me parece que estas razones os hacen fuerza, Catholicos. ¿Pero qué fruto debeis sacar de ellas? Debeis inferir la siguiente conclusion: que el principal cuidado del pecador, que quiere convertirse à Dios, debe ser llevar su corazon de este odio al pecado, lo que no solamente

(a) Matth. 5. 28. (b) Matth. 15. 19.

mente es su principal obligacion, sino tambien la esencia de la penitencia, à la que debemos ordenar todos nuestros esfuerzos, para conseguir la gracia del perdón.

Quando nos hemos confesado bien, quando hemos cumplido exactamente la penitencia que se nos ha impuesto, quando hemos abrazado todas estas obligaciones, conociendo la necesidad que tenemos de convertirnos al Señor, yá nos parece que lo hemos hecho todo. Estas obligaciones, Catholicos, son importantes, saludables, y necesarias, pero no obstante, son inútiles, è infructuosas, sino se fundan en el dolor interior, y en el aborrecimiento del corazón al pecado. Sin esto nuestras confesiones no son mas que una penitencia de palabra; nuestras satisfacciones exteriores una penitencia aparente; y nuestras persuasiones interiores una penitencia en idea. Nuestra lengua, nuestras manos, y nuestro entendimiento han cumplido con su obligacion, pero nuestro corazón no lo ha hecho así: de él solamente depende que seamos pecadores, y de él debe depender tambien que seamos penitentes: él, y nosotros somos pecadores por un amor mal ordenado; él, y nosotros no seremos penitentes hasta que aborrezcamos como debemos lo que hemos amado injustamente. Explicaré muy por menor el peligro de estas tres ilusiones tan funestas, y tan comunes.

I. Si se compara el escrupuloso cuidado del penitente en registrar los mas reconditos secretos de su memoria, con el descuido que tiene de formarse un nuevo corazón, qualquiera pensará que la esencia de la penitencia consiste unicamente en referir los pecados: Pues no, Catholicos, el fin que Dios ha tenido en sujetarnos al yugo de la confesion, no ha sido el instruirse por este medio de lo que él mismo conoce mejor que nosotros, ni el cubrir nuestro rostro de una vana confesion; el fin que se propone es curar nuestro corazón, apartarnos del mal con la amargura del remedio, è inspirar-

nos

nos un aborrecimiento al pecado, tan sincero, y grande, como es la vergüenza que padecemos al manifestarle. ¿Pero qué sucede? Nosotros trastornamos estas sabias medidas; nos ceñimos à la vergüenza de la confesion, sin pasar al odio del pecado; tenemos la confusion del rostro por verdadera compuncion del corazón; pensamos que la violencia que nos hacemos para manifestar nuestra confusion à la vista del Sacerdote, es una mortificacion capaz de expiar el delito, y de merecer el perdón.

Saul, con una sincera confesion de esta naturaleza, juzgó poder aplacar la indignacion de Dios contra su desobediencia; pero se engañó, y nosotros nos engañamos como él. Este Rey, estando en guerra con los Amalecitas, (a) recibió orden de Dios para exterminarlos à todos: No obstante, dexandose llevar de las murmuraciones de los Soldados, perdonó la vida al Rey de aquel Pueblo reprobado; llega poco despues el Profeta Samuel; Saul se sobrecoge à vista del Profeta, y lee inmediatamente en sus ojos su condenacion; se adelanta, conoce su pecado, le confiesa al hombre de Dios: *Peccavi.* " Profeta, le dice, yo pequé: *Prævaricatus sum sermonem Domini.* El Señor me havia comunicado sus ordenes, y yo he contravenido à ellas: *Prævaricatus sum verba tua.* Vos me hablasteis en su nombre, y yo desprecié vuestras palabras: *Timens populum.* Temí desagradar à mi Pueblo, y no temí desagradar à mi Dios: *Et obediens voci eorum.* Obedecí al antojo de mis vasallos, y no obedecí à la voluntad de mi Dios. " ¿Puede darse penitencia mas clara, mas exacta, ni mas fiel? Con todo eso, ¿quál fue la absolucion? *Porro triumphator in Israel non parcat, & penitentie non flectetur.* (b) Ese mismo Dios, le respondió Samuel, que os ha hecho triunfar de vuestros enemigos,

(a) 1. Reg. 15. 24. (b) 1. Reg. 15. 29. (b)

gos, y al que haveis ofendido, no se mueve con vuestro arrepentimiento; no hay perdon para vos: ¿Por qué? *Neque enim homo est*; porque no es hombre, sino Dios: Un hombre se compadecería de ese aparente arrepentimiento que manifestais en vuestros discursos, pero Dios penetra hasta lo mas intimo del corazon, y no vé en él vuestra sinceridad, y así en el suyo no hay mudanza, ni piedad para vos: *Neque enim homo est.* (a) ¿Pues qué es lo que vé en el corazon de este desgraciado penitente? Lo mismo que vé regularmente en el nuestro, no obstante la relacion que hacemos de nuestras culpas: un ruin interés, un respeto vano, un miedo de que se habla mal de nosotros, si en los dias solemnes no cumplimos con las obligaciones de la religion: finalmente, todo lo vé, menos el horror à nuestros pecados: Saul preveía el desprecio que iba à padecer su autoridad, si el Profeta se negaba à acompañarle en el sacrificio, y en el acto de adorar à Dios: Es verdad que pequé, le decia, y que soy indigno del perdon; pero, Profeta, à lo menos disimula mi pecado; no me afrentes, ni me desacredites para con mi Pueblo: *Honora me coram senioribus populi, porta, quæso, peccatum meum.* Esto mismo sucede à la mayor parte de los jovenes que viven encenagados en los placeres, los que turbados, y confusos à vista de los dias consagrados al culto divino, sienten entonces todo el peso de sus pecados, sin sentir su amargura, y solo piensan en ahogar los remordimientos de su conciencia, quando solo debieran pensar en examinarlos; Esto mismo sucede à los que miran la religion como instrumento de su fortuna, y de su fama: Esto mismo sucede à los Principes, y Grandes, los que en los dias solemnes suelen procurar con una accion pública de piedad, en la que hay mas de politica, que de christiandad, recobrar el credito que han

(a) *Ibid.* 15. 30.

han perdido en todo el año con sus desordenes. ¡Ah! Si todavia sois fieles, ¿por qué añadís al delito de la rebelion à los Divinos preceptos, el de la profanacion, y sacrilegio por el abuso que haceis de los Sacramentos? ¿Para qué os atormentais, y para qué vais à desacreditaros, confiando à un extraño el secreto de vuestros mas enormes delitos, siendo así, que viviendo entregado vuestro corazon todavia à los mismos pecados que confesais, os haceis mas culpados, y mas dignos de castigo? La confesion de los pecados, sin la mudanza del corazon, es, Catholicos, la mayor de todas las ruindades: Solamente la grandeza de Dios puede merecer que yo me postre à los pies de un hombre, y que le haga sabidor de unas cosas que yo quisiera poder ocultarme à mí mismo. Luego que por la obstinacion de mi corazon en el pecado no hago caso de Dios, ni Dios acepta mi humillacion, es locura sujetarme à ella; una confesion sin dolor, y sin detestacion de la culpa, no es mas que una penitencia de palabras, y por consiguiente una ilusion: *Scindite corda vestra, & non vestimenta vestra.* (a)

II. No pongais tampoco vuestra confianza en las obras satisfactorias con que acompañais la confesion de vuestras culpas: estas, antes de expiarse, deben ya estar borradas, y nada las puede borrar sino las lagrimas de un corazon movido de un verdadero arrepentimiento. Aunque hayais cumplido quantas penitencias se os han impuesto, no solamente con las mitigaciones introducidas en nuestros tiempos, sino con todo el rigor de la antigua disciplina: Aunque como Achab hayais hecho público vuestro dolor desgarrando vuestros vestidos; aunque cubrais vuestra carne con un aspero cilicio; aunque castigueis vuestro cuerpo con la sed, y el hambre, durmiendo sobre la ceniza, austeridades à que se sujetó aquel

(a) *Joel* 2. 13.

aquel impío Rey; aunque hayais restituido la viña, y la heredad de Naboth, lo que no hizo aquel Principe: finalmente, aunque como él, con un exemplar inesperado de vuestra humillacion, hayais servido de admiracion al Pueblo, y aun al mismo Dios, y aunque el Señor, movido con este espectáculo de tanta edificacion, haya suspendido vuestro castigo, y el efecto de las amenazas pronunciadas contra vosotros, todavia no está satisfecha su justicia: los derechos que tiene contra vosotros por la obstinacion de vuestro corazon son inviolables; solamente sois penitentes en la apariencia, y así la indulgencia que usa con vosotros es tambien aparente: os haveis presentado à vista de los hombres como humillados, bajo el poderoso brazo de Dios; tendreis este honor para con los hombres; estos os tendrán por convertidos; pero Dios, que penetra hasta lo mas intimo del corazon, está viendo, que no sois en la realidad mas que un pecador obstinado en vuestras perversas costumbres, y os tratará del mismo modo que trató al impío Rey de Israel. "¿Has visto, decia el Señor al Profeta Elías, has visto à Achab humillado en mi presencia?" *¿Vidisti Achab humillatum coram me? Scidit vestimenta sua, operuit cilicio carnem suam, jejunavit, dormivit in sacco.* (a) Pero yá estaba pronunciada la sentencia de su castigo, y no la mudaré, porque tampoco él ha mudado sus perversas costumbres: No obstante, él se ha revestido de penitente, y yo tambien me revestiré para con él de un Dios paciente, y sufrido: disimularé, y esperaré hasta que muera: *Non inducam malum in diebus ejus.* Pero en su muerte se executará mi decreto, segun todo su rigor. El persiguió à los Profetas, y derramó su sangre; y así perecerá en su propia sangre, y ésta será lamida de los perros. Su muger, y sus hijos perecerán con una muerte cruel, y un

(a) 3. Reg. 21. 28. 29.

vasallo se apoderará de su trono: *Lambent canes sanguinem, & demetam posteriora ejus, &c.* (a) Pecadores, vosotros debeis esperar la misma severidad: no vivais confiados en el silencio de un Dios vengador, pues si os sufre con paciencia, es para castigaros con mas severidad: no os figureis que vuestras oraciones, vuestras limosnas, vuestras fundaciones, y los dones que acumulais sobre los Altares, le han de hacer olvidar jamás de la sentencia que tiene pronunciada contra los usureros, los avaros, los pródigos, los sensuales, y los ambiciosos. Vosotros haveis confesado todos estos pecados, y juzgais que los haveis expiado con obras proporcionadas, pero no haveis desterrado de vuestros corazones el amor à ellos. Si conservais este amor hasta la muerte, vereis entonces revivir la ira de Dios contra las falsas penitencias, y conoceréis que la vuestra fue una pura ilusion, porque la desmentia vuestro propio corazon: *Scindite corda vestra, & non vestimenta vestra.*

III. Pero ved ahora, Catholicos, la tercera ilusion, mas sutil, y mas difícil de conocer que las antecedentes. Esta consiste en que nos tenemos por penitentes, porque estamos vivamente persuadidos de la necesidad de la penitencia, y porque nuestro entendimiento conoce claramente esta necesidad; pero si esta penitencia no pasa del entendimiento al corazon, es una penitencia puramente imaginaria. San Gregorio lo explica con mucha claridad, comparando lo que pasa regularmente en el entendimiento del hombre justo, con lo que pasa en el del hombre pecador: el justo, dice, suele hallarse atormentado con muchas ideas pecaminosas, las que algunas veces son en él tan violentas, y hacen tan fuerte impresion, que juzga que su voluntad las abraza, y que su corazon queda sujeto al pecado: pero en la rea-

(a) 4. Reg. 9. 26.

lidad no es así; porque estas impuras ideas quedan encerradas en su imaginación, sin que su corazón las abraze: *Sicut plerumque boni tentantur ad culpam.* Del mismo modo, el pecador, añade, suele hallarse poseído de pensamientos santos, los que le hacen conocer la necesidad de renunciar al pecado; lleno de estas santas ideas yá se juzga convertido, pero no es así; su entendimiento discurre, se inquieta, y conoce la evidencia, è importancia de su obligación, pero su corazón, y su voluntad permanecen inflexibles, y constantes en el pecado: luego el corazón, y no el entendimiento forma al justo, y al pecador, y es el que nos salva, ò nos condena: *Ita plerumque mali inutiliter compunguntur ad justitiam.*

Este dictamen de San Gregorio se halla confirmado por la experiencia; ved un exemplo de esta verdad. Acordaos de Antiocho: *Orabat scelestus Dominum, à quo non esset misericordiam consecutus.* (a) Este malvado, dice la Sagrada Historia, oraba al Señor, sin poder alcanzar misericordia. Este exemplo, y estas palabras, Catholicos, hacen en vosotros muy poca impresión, porque estais muy acostumbrados à oírlas: pero acaso no habeis reparado hasta ahora, que no ha havido pecador, de la clase que era Antiocho, que haya hecho una penitencia tan pública, ni haya dado unas satisfacciones tan manifiestas: no ha havido pecador que haya pensado tanto en la enormidad de sus delitos: finalmente, puede ser que no haya havido pecador que haya hecho lo que hizo Antiocho en la hora de su muerte. Con todo eso, este pecador, este penitente de palabras, de obras, y de entendimiento es reprobado.

¿Qué podia hacer Antiocho que fuese de mas abatimiento para él, ni de mas edificación para todo el Mundo?

(a) 2. Machab. 9. 14. &c.

Mundo? Es verdad que estaba cargado de una infinidad de horrorosos delitos: havia profanado el Templo, saqueado à Jerusalén, y pasado à cuchillo al Pueblo de Dios: poseído de un nuevo furor, iba à Jerusalén à marchas forzadas con el fin de sepultar el resto de los Judios entre las ruinas de sus muros. En este tiempo se siente repentinamente herido de una enfermedad incurable; abre los ojos, y reconoce los excesos de su vida; no piensa en disculparse, antes por el contrario, levanta los ojos al Cielo, gime, llora, y ruega: *Orabat scelestus Dominum.*

Pero era preciso reparar los desordenes de muchos años, y esto es imposible en un día, y estando yá para morir. ¿Qué es lo que hace? Todo quanto puede; promete que pondrá à Jerusalén en libertad, y que la concederá tantos privilegios, que igualará al Pueblo Judio con el de Athenas; que hará que el Templo de Dios sea mas rico, y mas famoso que hasta entonces; que aumentará los sacrificios; que abrazará la ley de los Judios, y que irá por todos sus estados publicando el poder del verdadero Dios.

Pero es necesario que desde luego dé pruebas de la sinceridad de sus juramentos: tambien la dá. Escribe à los Judios una Carta llená de seguridades de una perfecta confianza, y de una sincera amistad. Es tambien necesario que borre los escandalos que dió à toda la Corte con su vida desarreglada: así lo hace, sin esperar à que le insten en este punto: él mismo se constituye Predicador de la virtud, de la justicia, y de la verdadera piedad: *Iustum est subditum esse Deo, & mortalem non paria Deo sentire.* Pueblo, Soldados, y amigos, decia, nosotros somos hombres; tenemos un Dios que es superior à nosotros: Este Dios no muere, y nosotros morimos. Su grandeza permanece siempre; la nuestra pasa; y así es justo que vivamos sujetos à él, y que los miserables mortales no pretendan igualarse, como

mo yo lo he hecho, con un Dios, cuyo poder es infinito: *Iustum est subditum esse Deo.* Estas palabras, pronunciadas por la boca de un Rey, ¿qué efecto no debían causar en el corazón de un Dios, que tanto se alegró con el arrepentimiento de los hombres! Pues sabed, Catholicos, que no causaron efecto alguno; porque todas estas expresiones de Antiocho nacían solamente de su entendimiento, y no de su corazón; y tal suele ser regularmente la penitencia de muchos pecadores, que viven despues de mucho tiempo entregados à los deleytes.

Pero direis, tal pecador, en la hora de su muerte, detestó como Antiocho los desordenes de su vida; hizo llegar cerca de su cama à sus amigos, y enemigos; restituyó el honor, y los bienes que había usurpado; al tiempo de despedirse de los complices de sus excesos, les hizo un discurso capaz de enternecer las piedras, y todos se deshacían en lagrimas. Si este tal pecador no se salvó, ¿quién se salvará? Pues, Catholicos, este se salvó, si es que se salvó Antiocho: Pero si la penitencia de Antiocho era puramente obra del entendimiento, y no del corazón; si sus remordimientos no eran mas que una luz estéril, una convicción necesaria, è involuntaria, que contra su voluntad le hacía ver la necesidad que le instaba de aplacar à Dios; en una palabra, si no obstante esta interior convicción, Antiocho fue condenado, ¿quién podrá asegurarme la salvacion de un pecador que se le parece en la vida, y en la muerte.

Aquel desgraciado Principe no hallaba al rededor de sí à quien poder bolverse; conocía que todos los objetos huían de él; que aquella funesta cama era el escollo de sus ambiciosos proyectos, y de sus desordenes:

*Hinc cœpit ex gravi superbia deductus ad agnitionem sui venire.* ¿Qué podía hacer en este estado? ¿Qué espesa debiera ser la nube que ofuscasse su vista; sino conociera su miseria? Era preciso que desde la cumbre de su soberbia cayese por ultimo, aunque à pesar suyo,

en el conocimiento de sus pecados, de su nada, y del poder de Dios. ¿Pero este conjunto de funestas reflexiones era acaso odio de sus pecados? ¿Era amor de Dios? No, Catholicos, no eran mas que producciones, ideas, y luces de su propio entendimiento; y la verdadera penitencia debe ser produccion del corazón.

Acaso, me diréis, Señores, que esto es inducir à los pecadores à desesperacion, y pretender llenar de escrupulos las conciencias; porque si las confesiones, las obras satisfactorias, y las mas vivas ideas de arrepentimiento, pueden ser las mas veces una penitencia falsa, por no nacer del corazón; ¿quién podrá estar seguro de que tiene esta penitencia de corazón? El que no la tenga vive impenitente, y está en peligro de morir en la impenitencia. ¿Pues quién podrá vivir con sosiego? ¿Quién podrá tener seguridad de que Dios le ha comunicado su gracia?

¿Pues qué, Catholicos, pretendéis tener esta seguridad? ¿No es propio de la condicion humana, decía Salomon, (a) el ignorar el hombre si es digno de amor, ò de odio? Mirais la incertidumbre de este estado como una desgracia, quando aquel sabio Rey la miraba como felicidad del hombre: el hombre que siempre está temiendo, decía, es feliz: *Beatus homo qui semper est pavidus.* (b) Temblad, amados hermanos míos, temblad sino se halla en vosotros este santo temor: este temor de no estar verdaderamente arrepentidos de vuestros pecados, es el que constituye vuestra felicidad; el que os libra de caer en la presuncion, y en la ociosidad; el que os mantiene en la humildad; el que os mueve à la vigilancia, al fervor, y al continuo estudio de los medios, y precauciones para asegurar vuestro arrepentimiento, y vuestra salvacion: ¿quereis calmar en algun modo estos temores, y saber, en quanto es posi-

(a) *Eccli. 9. 1.* (b) *Prover. 28. 14.*  
Tom. I. Kk